

El resto de la historia de este loco, que acosado por una enfermedad secreta, se entregaba á todas las supersticiones, á todos los charlatanes, ó á todos los desenfrenos, fué digna de sus comienzos. Para costear sus orgías y sus prodigalidades, recurrió á una gran medida fiscal, muy celebrada por S. Agustín en la antigüedad y por Am. Thierry en nuestros días. Hizo ciudadanos de Roma á todos los habitantes del Imperio. El moderno vé en esto el sistema de encerrar á todo el imperio dentro de los límites jurídicos de la ciudad; el padre de la Iglesia, la gran extensión que con esta medida recibieron las distribuciones de alimentos á los pobres de todo el imperio, privilegio ántes, de Roma. Caracalla buscaba el producto de las contribuciones, y fuera del derecho de apelación á Roma, comun desde entónces á todos, las distinciones entre las ciudades continuaron.

Como Domiciano, quiso corregir las costumbres, condenando á los adúlteros, y á las vestales perjuras; y más que Domiciano, aduló y hartó de oro á los soldados. En busca de botín y soñándose un nuevo Alejandro, marchó á las Galias, venció á los alamanos en el Mein; bajó al Asia, visitó á Troya, en donde envenenó á un amigo suyo que consintió en hacer el papel de Patroklos, en una farsa homérica; quiso hacer la guerra á los parthos, pero no encontrando motivo, la declaró á los armenios, que vencieron á sus soldados; luego pasó á Alejandría, algunos de cuyos habitantes se habían burlado de él, insultando á su madre con crueles epigramas; ocupó militarmente la ciudad, y dió orden á la soldadesca de pillar y matar hasta que se cansara. Esta horrenda venganza duró muchos días; los soldados la suspendieron cuando quisieron.

Preparando una campaña contra los

parthos, murió asesinado aquel hombre, á quien tantos males debió el imperio, y Roma las prodigiosas *thermas* que son quizá el último esfuerzo del arte romano.

*Macrino. — Elagabal. — (217-222). —*

Un soldado había dado muerte á Caracalla, á instigación de *Marcus Opellius Macrinus*, hombre recto, que había empezado por ser gladiador, y que solo se resolvió á asesinar á su favorecedor, cuando supo que éste intentaba quitarle la vida. Los soldados manifestaron tal ira al conocer la muerte de Caracalla, que Macrino se vió obligado á fingir un gran sentimiento; á esto debió el imperio. Su actitud con el Senado, con las tropas, con los proscritos fué bondadosa, pero débil. Llevó á las legiones á la guerra con los parthos, que lo obligaron á pedir la paz y á pagarles una cantidad de dinero; á igual humillación se sometió con el rey de Armenia y lo mismo sucedió con los bárbaros del Danubio. Antes de abandonar el Oriente quiso hacer algo en favor de la disciplina lo que disgustó á aquella insolente soldadesca del Asia. Entónces las tres Julias, Mæsa, Soemia y Mammea, que despues de que la madre de Caracalla se había dejado morir al saber la muerte de su hijo, habían sido confinadas á Edessa, su tierra natal, pusieron en planta el plan que habían concebido de colocar en el trono al joven *Varus Avitus Bassianus*, hijo de la segunda y de Caracalla. segun algunos, y de quien habían hecho un sacerdote de *Elagabal*, el dios patrono de Emesa. El tesoro del templo fué el auxiliar principal de la intriga; primero se les pasó una legion y despues un ejército; con el avance sobre Macrino, que al primer choque huyó á Antioquia y despues al Asia menor. En Kalkedonia fué hecho prisionero y poco despues muerto (218.)

El adolescente de 14 años que le sucedió en el trono, marchó á Roma con su séquito de mujeres sirias y entró en la capital del imperio llevando en su carro de triunfo á su dios, simbolizado en una piedra meteórica de figura cónica. El nombre de este dios ha sido trasladado á su gran sacerdote, que la historia llama Elagabal. Con el culto de esta divinidad solar, el albañal inmundo del naturalismo sirio encharcó el palacio de Marco Aurelio. No describiremos el lujo insensato ni nos detendremos en pintar los vicios de este miserable. Nada tiene que aprovechar la historia de ese infame espectáculo. Bástenos decir que cada una de sus comidas costaba un tesoro, que cansado de ser hombre, se convirtió en mujer é hizo proclamar su matrimonio con un soldado, que casó á su dios con la Asarté de Cartago y que hizo que los dioses greco-latinos, empezando por Júpiter, hicieran en los templos el papel de cortesanos, mientras las jóvenes sirias y los senadores vestidos á la oriental ejecutaban danzas lascivas al son de una salmodia bárbara.

Mæsa comprendía que su casa necesitaba un apoyo mas sólido que aquel lúbrico mozuelo y fijó los ojos en Alejandro, el hijo de Mammea, casi niño todovía, pero de costumbres puras, de carácter dulcísimo y educado por los filósofos para hacer de él un Marco Aurelio. Elagabal lo adoptó; más arrepentido á poco, lo hubiera hecho perecer sin la actitud resuelta de los pretorianos en favor de Alejandro. Una ocasión en que el emperador había circulado la noticia de la muerte de su primo para estudiar el efecto que hacia en la tropa, espantado por la impresión que causara, corrió, acompañado de Alejandro, al campamento. Soemia que presidía un senado de mujeres le acompañaba, y Mammea

á su hijo. Cada una abogó por su interés hasta que en medio del tumulto, Elagabal fué degollado, en las letrinas del campamento en donde se había refugiado. Su madre corrió la misma suerte. (222)

Justo es decir que durante este reinado el imperio gozó de una paz completa.

*Alejandro Severo (222-235). —* Un filósofo de trece años, lleno de ideas humanitarias y que tenia como genios tutelares en su *lararium* las imágenes de Abraham y Orfeo, de Cristo y Apolonio de Tyana, subia al trono con el nombre significativo de *Marcus Aurelius Severus Alexander*. En realidad su abuela y su madre gobernaron; esta llamó al consejo al celebre jurisconsulto fenicio Ulpiano de quien hemos hablado ya, y que como muchos otros había salido de la célebre escuela de Beyruth. Ulpiano gobernó justa y noblemente é hizo sabias modificaciones en las leyes y en la administración. El joven emperador que queria grabar en la fachada de su palacio esta inscripción *no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí*, lo secundaba perfectamente; los bancos de depósito, los dones gratuitos á los labradores, la ampliación de la institución alimentaria de Trajano, prueban su filantropía. Desgraciadamente gustaba también de puerilidades y no solo dividió en gremios á los industriales del imperio, sino que se ocupó de reglamentar el modo de vestirse segun las estaciones y otras cosas por el estilo.

En cambio la insolencia de la soldadesca, árbitro y autor de la dinastía, iba en aumento: los pretorianos se batían en Roma con la plebe y se unían á ella para incendiar la ciudad. La emperatriz, podemos designar así á Mammea, quiso que Ulpiano se encargase del mando de aquellos insubordinados servidores; este probó á corregir los

abusos y obrando con energía hizo ejecutar á sus dos colegas en la prefectura del pretorio; la tropa se amotinó, forzó las puertas del palacio y Ulpiano fué degollado á los piés de Alejandro que procuró en vano salvarlo.

Sintiéndose débilmente gobernado, el ejército comenzó á sublevarse en las provincias y el imperio se bamboleaba sobre su base secular. En este estado las cosas, surgió un nuevo, un gran peligro. Un caudillo persa, nuevo Kyros, se habia sublevado en las montañas de la Pérsida contra la dominacion de los partos, los habia vencido y habia traído á tierra la dinastía que fundó Arsan e Bravo sobre las ruinas del imperio seléucida, cerca de cinco siglos antes. A la dinastía de los arsacidas, sucedió la de los sasanidas, hombres de otra raza y de otra religion, que resucitaba en aquellas comarcas el culto de Ahoura-Mazda y del fuego simbólico. El vencedor era Artajerjes, mas por el nombre de su antecesor Sassan su dinastía se llamó de los *Sasanidas*. Invadió la provincia romana y en 232 Alejandro, que habia abandonado á Roma llorando, entró en campaña con un ejército dividido y equipado como los de Alejandro Magno; la legion se habia convertido en falange. Parece que los romanos sufrieron descalabros sérios, pero el resultado fué que la provincia romana fuera libertada de la invasion y la Mesopotamia quedó intacta. Alejandro anunció pomposamente sus mentidos triunfos al Senado.

Después tuvo que marchar al Rhin en cuya orilla los germanos se agitaban; quiso evitar la guerra á fuerza de oro, lo que disgustó profundamente á los soldados, que murmuraban largo tiempo hacia contra la madre del emperador. Estaba en los alrededores de Maguncia, cuando los soldados proclamando emperador á un tracio, céle-

bre por su fuerza y agilidad, llamado Maximino, asaltaron su tienda y lo degollaron. (Marzo de 235). Así acabó la dinastía de los Severos, en que las mujeres y los jurisconsultos jugaron un gran papel importantísimo en la historia de la humanizacion del mundo romano.

*De Maximino á Filipo (235-249).* El hijo del pastor gético, que gracias á la adoracion del soldado por la fuerza física subió al imperio con el nombre de *Caius Julius Verus Maximinus*, empezó matando á los amigos y servidores de su víctima y reduciendo á la parte del ejército que se negaba á reconocerlo; luego hizo una gran correría victoriosa en la Germania y después se situó en la frontera danubiana para contener á los barbaros por ese lado, mientras decretaba toda clase de crueldades y exacciones hasta contra sus amigos, testigos de sus humildes comienzos.

En Roma, pueblo y Senado estaban furiosos contra aquel salvaje que los despreciaba tanto, así es que cuando supieron que varios grandes propietarios africanos sublevándose con sus colonos contra las exacciones del procurador de la provincia de Carthago, habian proclamado emperador al anciano y riquísimo procónsul Gordiano y á su hijo, se apresuraron á confirmar y á saludar á los nuevos emperadores. Desgraciadamente á los pocos dias se supo también que la legion III augusta habia vencido á los rebeldes y matado al hijo de Gordiano, que se habia ahorcado de pesar. Pero el Senado no podia retroceder y se decidió á nombrar dos emperadores, uno que se ocupase de los negocios civiles y otro de los militares. Estos fueron naturalmente dos senadores, *Marcus Clodius Pupienus Maximus* y *Decimus Caelius Gabinus Balbinus*. El pueblo exigió que el jóven nieto de Gordiano que estaba en Roma, fuese agregado á los dos emperadores.

Mientras la capital hacia emperadores y la anarquía reinaba en su seno, gracias al desenfreno de la soldadesca, Maximino queria penetrar en Italia; pero Aquilea le cerró sus puertas y lo detuvo victoriosamente, mientras Pupieno dueño del Adriático le cortaba los recursos. Los legionarios de la II legion parthica, cuyas familias estaban en Italia por temor de las represalias decidieron concluir la guerra y degollaron á Maximino.

Pupieno y Balbino estaban triunfantes: por desgracia á la raíz del triunfo empezaron sus querellas; los pretorianos que veian con sorda cólera á los emperadores del senado, se aprovecharon de ellas para dar muerte á ambos, después de insultarlos (Junio-238).

Los soldados proclamaron Augusto á Gordiano III; el imperio disfrutó de algunos años de paz, gracias á Timesitheo suegro del emperador que arrojó de palacio á los eunucos, legados por Gordiano II á su sobrino, que lo trastornaban y lo corrompian todo.—Timesitheo, daba excelentes consejos á su yerno, al mismo tiempo que preparaba activamente la defensa del imperio. Cuando Sapor, sucesor de Artajerjes en el trono de Persia, invadió la Siria y amenazó á Antioquia, Gordiano encontró un brillante ejército listo para marchar. Recorrió el valle del Danubio, batiendo á los Godos y otras tribus que asolaban el país, pasó el Heleponto, rechazó á los persas y vadeó el Eufrates. Entonces murió Timesitheo, nombrado por el Senado, por indicaciones del emperador, *tutor de la República*, y sucedió á este hombre notable, un árabe lleno de audacia y de ambicion, Filipo hijo de un beduino de la Traconitida, que se habia elevado de grado en grado, hasta llegar á sustituir á Timesitheo. Con infernal astucia Filipo provocó una sedicion, se hizo nombrar

primero colega de Gordiano, luego lo hizo deponer y acabó por asesinarlo. (244)

*Marcus Julius Philipus*, hizo una paz desventajosa con los persas y partió para Roma. Algunos autores eclesiásticos pretenden que era cristiano y que hizo penitencia en Antioquia, por el asesinato de Gordiano. Su conducta pública fué siempre la de un pagano, y solo es verdad, que bajo su reinado, como bajo el de Alejandro Severo, los cristianos disfrutaron de una paz profunda.

En tiempo de Filipo, Roma celebró con inmensa pompa el milésimo aniversario de su fundacion (247). Después de estas fiestas, el emperador que gobernaba con dulzura y justicia, hizo algunas campañas. Cuando supo que habian estallado varias sediciones en el ejército que proclamaba nuevos emperadores, mandó á uno de los más inteligentes y serios senadores llamado Decio, para sofocar la más temible de estas sediciones, la de las legiones de Pannonia. Decio se resistió previendo lo que iba á suceder. Marchó al fin, mas apenas hubo llegado cuando los soldados le obligaron á vestir la púrpura. Filipo fué á batirlo, pero en las cercanías de Verona fué vencido y muerto por los partidarios de Decio (249).

ANARQUIA.—*Estado del imperio.—Las invasiones.* (249-268.)—Hemos visto cómo después de la gran invasion gótica en las comarcas situadas entre el Báltico, el Danubio y el Mar Negro, el mundo bárbaro presentaba un aspecto distinto del que conocieron los romanos del siglo de los Antoninos; pueblos más audaces ocupaban la vanguardia de aquel enjambre de naciones y á los antiguos nombres sucedieron otros: los franks, los saxons, los burgondes, los longbarths, los alamanes, etc. Estos, cuyo nombre quiere decir, hombres de todas las razas, expedicio-

naban en el territorio que abrazan los Alpes, el Mein, los Vosges ó en la Rhética: la denominacion de *franks*, se daba á diversos grupos de guerreros cates, sicambros, bructeros, tenteros, y amsibares que sin participacion de sus pueblos marchaban á la guerra bajo gefes particulares; los *saxons* (hombres de largos cuchillos) reclutaban sus fuerzas en otros pueblos, dominaban en el mar del Norte y expedicionaban en la Bretaña insular que acabó por ser suya. Las tentativas de Hermann, de Marbod, del Decebalo de los dacios, para unificar la barbarie, habian fracasado por completo y ahora como antes, cuando no se trasladaba la nacion en masa, los invasores del imperio eran aglomeraciones de bandas guerreras que se unian con un objeto determinado y se disolvian despues.

Por los tiempos que historiamos, las invasiones parciales eran permanentes y el imperio era impotente para contenerlas todas. Si hubiese habido principes como Trajano, como Severo, la invasion habria sido vencida, sostiene Duruy: no, los grandes guerreros solo habrian retardado el golpe. Sin la paz el imperio habria estallado por la incoherencia y la obra de asimilacion no se habria verificado; con la paz, el amor al servicio militar y la disciplina tenian que desaparecer á la larga. Huyendo los ciudadanos de la obligacion de tomar las armas teniase que recurrir á los extranjeros, precisamente á los mismos bárbaros, lo que facilitaba las invasiones y creaba el dominio de la soldadesca en el interior. De todos modos el resultado habria sido el mismo. El desmembramiento primero, la ruina despues.

Las instituciones militares en plena decadencia, se trasformaban, la caballería, propia para correr de un punto á otro de la frontera, era ahora el ner-

vio del ejército; los bagages se habian multiplicado hasta el infinito y nada remedió á estos males, la creacion de esos gefes superiores que se llamaban *dux* (duques) que empezaban á figurar ya, como en el servicio del emperador, empiezan á figurar los *comites* (condes) de palacio.

Y así como la falta de observacion exacta de la naturaleza que rodea al hombre, detuvo el vuelo de la ciencia, que á la larga habria podido armar maravillosamente al romano contra el bárbaro (V. Dubois-Raymond) así la falta de la verdadera ciencia política impidió llegar á esa forma más alta de la agrupacion política que se llamó el imperio, á la forma representativa p. e., que le habria conservado su vigor interno. Léjos de eso el Senado no era ya mas que el consejo municipal de Roma: los municipios si bien no habian perdido toda autonomia, como lo demuestra contra Duruy la inscripcion de Thorigni, si habian atrofiado buena parte de ella los agentes del fisco imperial, y todos los altos puestos, inclusive el de emperador, eran presa de los aventureros que inundaban el mundo. Y esto no tenia remedio; porque si es verdad que los emperadores tendieron siempre á este poder absorbente de toda independencia, cuya fórmula dieron, explicaron y encomiaron los jurisconsultos, tambien es cierto que los abusos de las aristocracias municipales fueron la causa de esta monstruosa extension de la autoridad del principe, cuyo inmediato resultado fué la extrema lentitud en el despacho de las negociaciones, lo que perturbó hondamente el bienestar del imperio. Entre tante la disminucion constante de las personas acomodadas (*honestiores*) en proporcion con el aumento de los miserables (*humiliores*) destruia la estabilidad social.

En realidad este bienestar estaba ya

perdido; esprimido el jugo vital de las ciudades para atender á la guerra, y empleadas en ella las legiones que antes se consagraban en todo el imperio á los trabajos públicos, estos cesaron. Los caminos fueron desapareciendo, las ciudades aislándose, el comercio extinguiéndose; de aquí la miseria, la inseguridad, de ésta el abandono de los campos, que tornaron á ser focos de pestilencia, y la soldadesca brutal de los pretendientes del imperio, ó los bárbaros, ó la peste, visitaban de continuo aquellas yermas ciudades, antes mansiones del bienestar y de la paz: el fisco imperial se resintió de esto; las provincias cesaron de enviar recursos al centro, los emperadores apelaron á las confiscaciones, que mantenian el estado precario de la propiedad, y por último, á la falsificacion de la moneda. Los particulares que recibian moneda de cobre estaban obligados á pagar los impuestos en oro, en esos *aureos* que habian sido el tipo de la moneda en la época de los Antoninos y el símbolo de la inmensa prosperidad del imperio. Esta obligacion de recibir cobre y pagar oro, traia el desequilibrio en las fortunas, las bancarrotas por donde quiera, y con ella la muerte de las industrias, que ya solo podian reclutar sus braceros entre los bárbaros, lo que hacia retrogradar el valor intrínseco del artefacto.

Y en medio de esta decadencia general, las doctrinas cristianas disolviendo toda idea de patria; los cristianos llamando en todas partes hermanos á los bárbaros y ayudándolos algunas veces (en el Ponto) en su obra de destruccion. ¡Y qué destruccion!

Aquella fué una calamidad inmensa; las ciudades, acostumbradas á la paz, levantaban á toda prisa sus muros en la Macedonia, en la Grecia, en las Islas, en el Asia Menor; nada dete-

uia la corriente, y la poblacion agrícola del imperio disminuía de un modo alarmante. (1)

En medio de esta declinacion incontenible del mundo romano, vistió Decio la púrpura. Hombre del pasado, se empeñó en resucitar las cosas muertas, despues del triunfo de Verona. Hizo que el senado nombrase censor á Valeriano, persona excelente, que luego fué emperador, y cuyo fin fué trágico, y ordenó una gran persecucion contra los cristianos. Seguramente se ha exagerado mucho el número de las víctimas de esta persecucion; varios de los prohombres de la Iglesia escaparon á la garra del verdugo como San Cipriano, San Gregorio el Taumaturgo, Orígenes, que fué atormentado inútilmente. Hubo muchísimos apóstatas; otros huyeron, entre éstos, Pablo, que se retiró al desierto, en donde vivió 89 años; Antonio, su discípulo, fué el fundador de las instituciones monásticas, que tanto mal habian de causar al Oriente por su odio á la civilizacion y tanto bien al Occidente, en donde fueron los grandes agentes de la civilizacion de la barbarie y los instrumentos más hábiles de la obra grandiosa del pontificado romano.

Por otra parte la persecucion sirvió á la Iglesia que se hallaba en un estado deplorable puesto que "la piedad habia muerto en los sacerdotes, la probidad en los ministros y la caridad en los fieles" (S. Cipriano—*De Lapsis*.) El martirio la regeneró con el bautismo de sangre.

Decio tuvo que combatir una de las terribles y constantes invasiones de los godos. No pudo impedirles penetrar en la Macedonia, pero quiso cortarles la

(1) Duruy dice que la poblacion, á mediados del siglo III, estaba reducida á la mitad. Esto es exagerado; Fustel de Coulanges ha demostrado que solo habia disminuido realmente la poblacion agrícola.